

PA7297

076

G8

v.2



FONDO HISTORICO
R. CARDO COVARRUBIAS

156186

LA GUERRA DE 30 AÑOS.

XVII.

LAS DOS ROSAS.

1.837.—Abril, Mayo y Junio.

Una rosa y una chica de quince años, son dos cosas bien semejantes: la belleza, la frescura, hasta el aroma y las espinas son rasgos de semejanza que las igualan.

Con poca diferencia en tiempo, quiero reunir hasta donde sea posible dos pasages que forman bello contraste, una antítesis como diria un retórico.

Rosa la rubia es una jovencita de apenas trece años; delicada como un ángel, su cintura podria abarcar con una mano, y es tan esbelta, que teme uno se quiebre abrazandola con entusiasmo: sus ojos garzos brillan como luciendo al traves de una capa cristalina; sus cabellos blondos caen en madejas ondu-

lantes sobre su cuello de alabastro; y en sus mejillas y su frente luce la aurora con sus medias tintas suaves. Es una miniatura caprichosa en el perfil y el colorido, en la espresion y el relieve de las formas.

Si se rie fascina, si manda domina; si ruega encanta, si se enoja intimida. Sus ojos despiden luz, y su boca provoca á besarla.

Fué criada entre dos viejos, cristianos á toda prueba, ridículos, y mas que ridículos hipócritas. Rosa naturalmente altiva y caprichosa se emancipó desde bien temprano, pues tanto sugetaron su alma y su imaginacion, que acabó por rebelarse.

En vez de novenas leia novelas; la conducian á la iglesia y ella iba pensando en el teatro; la tenian encerrada y ella tenia su mundo en su imaginacion.

A Rosa la conocí cuando aun tenia diez años. Entré en su casa por milagro; me admitieron por milagro, y llegué á familiarizarme con ella por milagro.

Nuestros caractéres eran semejantes; independencia y reforma: pronto debiamos simpatizar, y mas si yo le ayudaba á conseguir ciertas licencias de los papás, y á predicar indirectamente la necesidad de sacar á las niñas de su encierro, para enseñarles siquiera los usos de la sociedad, las fórmulas mas comunes de la etiqueta.

Rosa era una niña, y yo no era un viejo; conversabamos y jugabamos; nos haciamos nuestros cariños fraternales, y todo andaba á las mil maravillas.

Rosa la morena tenia quince años floridos. Dos ojos negros que despedian brasas, se saltaban de las órbitas cuando miraba con interes: sus labios abultados dejaban entrever sonriendose dos hileras de dientes de marfil, su pelo negro como la pluma del cisne, y levantado frecuentemente sobre dos orejas finísimas, le daba á su semblante la espresion mas altiva y resuelta.

Muger de aquellas que tienen sobre el labio un sombrío azulado, y delante de las orejas dos madejitas de vello fino y sedoso, que revelan un temperamento tropical.

Esta no era Rosa cultivada en maceta de china ni dentro de un jardin de corte. Era una flor silvestre, con su aroma fuerte, sus colores subidos, su fisonomía original y marcada.

No hacia sino cuatro meses que habia llegado á Búrgos de las posesiones de su padre, donde habia crecido. En Búrgos habia aprendido el arte del tocador y de la cortesía, no de la cortesanía.

Su lenguaje franco, sus modales llanos, su sinceridad imprudente; todos los defectos y las cualidades de un corazon generoso y ardiente, desarrollado sin direccion ni freno, los conservaba para dar mayores encantos á su hermosura virginal.

La muger y la gata de quien la trata.

Yo visitaba familiar y frecuentemente á las primas á cuya casa fué á alojarse. Todas tenian novio ménos ella; y ella lo necesitaba mas que todas.

—Rosa, tiene vd. los mas lindos ojos que he visto.

- Todos me dicen que es lo mejor que tengo.
—No es cierto; detras de esos ojos hay algo mejor.
—¿Qué cosa?—me preguntó cándidamente.
—El corazon.
—Un corazon de paya.....
—Puro como el aire que se respira en el campo.
—A lo ménos lo encuentro libre de muchas cosas que he venido á saber aquí, en Búrgos.
—¿Y no está vd. enamorada?
—Quien me querria tan llana y tan claridosa como soy.

No me atreví todavía á decirle—yo. Quince dias de conocimiento no eran bastantes aunque yo percibiera que sus ojos apelaban á mí, para desmentir á sus primas que la tenian por incapaz de hacer una conquista.

Por otra parte Serafina era mi ángel malo, mi obstáculo, mi desesperacion. Quería olvidarla, y me era imposible; un remordimiento tenaz me punzaba tan pronto como un pensamiento me acercaba á otra muger.

Pero Rosa la morena tenia unos ojos divinos, la veía diariamente, y me regalaba dulces y flores, ménos fragantes, ménos sabrosos que una de sus miradas de sirena.

No tocaba, ní cantaba, ni bailaba; no tenia ninguna de las gracias de la civilizacion: no sabia sino reir con franqueza, dejar percibir sus deseos con el

mayor candor, hacer unos gestos adorables, unas muecas graciosísimas cuando se enfadaba.

Era indispensable amarla, ó enamorarla siquiera.

—Está vd. triste Rosa—le dije un dia mirandola pensativa.

—Sí.

—¿Por qué?

—Por nada.

—¿En quién piensa vd.?

—En nadie.

—Imposible.

—Pues bien, en alguno. ¿Que le importa á vd.?

—Si fuera en mí.

—Vaya unas chanzas!....

—Que si fueran veras?.....

—Vd!.... que dicen mis primas que es un pícaro.

—¿Pícaro!....

—Es decir galanteador.

—Eso es otra cosa. Pero no es un obstáculo.

—Pero una pobre paya que no sabe los usos de aquí, y teme que todo el mundo la engañe....

En este mismo momento, entró otra de las muchachas, interumpiendo un diálogo que no se donde iria á parar. Casi me alegré porque comenzaba á sentir las punzadas de la infidelidad.

Hoy una palabra, mañana una mirada, luego un accidente; así nos fuimos enamorando y entendiendo sin haberle yo dicho, ni ella tampoco, una palabra de espresa declaracion. Pero no era necesario:

las recíprocas finezas que nos hacíamos indicaban bastante, aun á las primas maliciosas, nuestra cordial inteligencia.

X Se le ocurrió un día á Rosa prenderse en el pelo uno de esos claveles carmesíes de color renegrido y fragantes hasta la embriaguez. Estaba linda con ese tocado: se formaba el mas bello matiz con el carmesí del clavel sobre el color moreno de Rosa, cuyas mejillas estaban coloradas con el nácar mas vivo. No pude contener la impresion que me hizo y se lo dije:

—Que linda está vd. con ese clavel.

Al oír esto se puso todavía mas hermosa: un bochorno retiñó sus mejillas, y sus ojos lucieron como dos llamas. Y desprendiéndose el clavel,

—Tenga vd.—me dijo ruborizada todavía—no puedo darle otra cosa.

Sin poder contener un impulso, la traje de la mano hácia mí, y la abracé con furor.

—¡Ah!... ¡Gabriell!...

No pudo decir otra cosa porque se sofocaba como yo. Mi mano cayó casualmente sobre su corazón que latía como el de una paloma asustada que acaba de caer en las manos del cazador.

Desde este día los mas encontraba yo á Rosa peinada de la misma manera, con su clavel carmesí resaltando sobre el lustroso negro de su pelo.

Al despedirme de ella me daba el clavel, y en seguida la mano para que la besara.

Ademas hacia otras mil monadas, increíbles en

una niña nacida y criada en el campo, sin trato ni mundo, sin educacion ni lectura. ¡Oh! las mugeres tienen el instinto del amor, y saben por ciencia infusa desplegar su ingenio, mostrar sus gracias, ostentar sus encantos, y poner en juego todos los resortes que conmueven los de nuestro corazón.

Las primas lo sospechaban ya todo, pero nada sabian, y procuraban espiarnos. Esta situacion hacia interesante la nuestra, embellecida por la zozobra de verse, y la agitacion continua de un secreto que se quiere guardar estando perseguido.

Pero esta felicidad nos duró muy poco; quince dias; en los cuales hizo Rosa progresos admirables en la ciencia de la compostura y la coquetería. Coquetería tanto mas agradable, cuanto que dejaba traslucir candorosamente el entusiasmo, la sinceridad, la ternura con que me amaba.

Una noche paseabamos la luna. Llevando yo á Rosa del brazo, ella dejaba caer el suyo con el abandono de la confianza y el afecto. Yo iba ya preparado para esta espedicion.

Habia mandado hacer un bonito anillo con mi cifra.

En medio de la conversacion que seguíamos con las otras parejas que nos seguían, y favorecido por la capa en que iba envuelto, le tomé la mano que ella recataba al principio, y le fuí poniendo el anillo en el dedo del corazón. Cuando estuvo en su lugar, mirandome Rosa con una mirada tierna como la luz de la luna buscó mi mano entre los pliegues

de la capa, y la estrechó con una espresion indecible.

Nuestro amor quedó sellado, y nuestros corazones ligados para siempre.

Que sé yo cuantas horas pasé esa noche imaginando placeres tan puros y atractivos como el alma de aquella niña, que sin artificio ni dudas se dejaba llevar de su pasion, y se echaba en los brazos de un hombre, á quien entregaba su alma sin reserva ni gazonería. Ella tambien pasaria la noche soñando en mí, acariciandome, estudiando los placeres mas exquisitos y nuevos para acabar de embriagarme.

A la mañana siguiente corrí á su casa. Todas las cuatro ó cinco muchachas de la familia estaban reunidas en la sala, y al presentarme en la puerta una risa general, acompañada de miradas malignas, me desconcertó de tal manera que apenas pude saludarlas. Evidentemente aquellas risas, en que la misma Rosa tomaba parte, eran por mí.

Esta maldecida Rosa se los ha contado todo, y les ayuda á burlarme!...—Este fué mi pensamiento.

Procuré aparentar indiferencia, no entender sus epigramas ni sus señas; y hasta tomé parte en la broma. Pero en el corazon sentia una herida mortal, el desengaño mas feo é inesperado.—Burlarse de mí Rosa, la niña ignorante y cándida; de mí que comenzaba tal vez á amarla.

¡Imbécil!... No conocí que la risa de Rosa era amarga y forzada, que la violencia la estaba mar-

tizando; que apenas podia reprimir la ira con que por los ojos devoraba á sus primas.

Pronto hice terminar mi visita, saliendo desesperado, y con la intencion de no volver á ver á aquellas gentes.

Que tarde ó temprano hubiesen descubierto mis amores, era muy natural; pero que cuatro niñas necias me burlaran, inclusive la misma Rosa, era lo que yo no habia imaginado nunca, y lo que ultrajaba mi amor propio.

Pasaron dos días y no fuí á ver á Rosa: al tercero me la encontré en una visita. Ella habia ido á buscarme.

Tan pronto como estuvimos solos iba ella á hablarme; yo no le dí tiempo, sino que bruscamente le pregunté:

—¿Traes mi anillo?

—Sí—me respondió ella llena de alegría.

—¿Dónde?—proseguí buscandose lo en las manos.

—Donde las mugeres guardamos lo que amamos.

Y llevando su mano al seno me mostró el anillo.

Sin hablarle yo una palabra, airado por aquel rasgo de coquetería adorable, que yo tomé por la mas refinada malicia, le arrebaté el anillo de las manos, y la dejé.

—¡Gabriel!.....—fué todo lo que pudo decirme. Y cayó pàlida y temblorosa sobre el sofà inmediato.

No volví á verla ni en su casa ni en ninguna parte. Una vez que la encontré casualmente la ví palidecer, temblarle los labios, y humedecerse los ojos. Síntomas de un dolor terrible que no pudo disimular.

No será por mí—dije yo.

Pero otra y otra vez sucedió lo mismo, y en la frialdad violenta con que me hablaba llegué á percibir que yo era la causa, y que aquella no era la espresion de una muger intrigante, sino de la amante adolorida por la credulidad y la dureza de un hombre.

La traduccion de esto es la siguiente. Rosa se habia guardado el anillo en el seno desde el momento que se separó de mí, temiendo que sus primas viesen la clara cifra que lo denunciaba todo. Pero una de ellas casualmente lo tentó; tuvo curiosidad de ver lo que Rosa escondia; la resistencia de esta aumentó el deseo de verlo, y entre todas la violentaron dandole tortura hasta arrancarle su secreto.

Ellas que tenian educacion de pueblo; que se rien de un muerto, que no respetan las conveniencias, que desconocen la delicadeza del corazon, se propusieron divertirse á costa de los dos, y lo hicieron con la mayor majadería, sacrificando á su prima.

Esto lo supe despues de cuatro ó cinco meses; cuando ya no era tiempo de retroceder. Entónces Rosa habria creido que yo era quien me burla-

ba; y su venganza hubiera sido terrible..... No; en un corazon como el suyo es imposible la venganza, pero yo mismo reflexioné, que volviendo á encender su pasion, podria tal vez conducirla hasta un punto que la hiciera de veras desgraciada. No era Serafina, no era siquiera la muger coqueta que conviene á un hombre medio depravado. De modo que por su propio bien continué mostrandome el insensible, sin esplicarle para consolarla, el origen de mi crueldad.

¡Pobre muchacha! Lo único que ha podido conseguir, es permanecer tranquila en mi presencia; pero la primera impresion nunca la disimula y si puede evitar el hablarme lo evita.

¿Qué culpa tuve yo de la grosería de sus primas ni de que no nos dejaran aquel dia un momento para esplicarnos? Además que la otra Rosa la vengó, y ella misma vengará en los que despues caigan en su red, este desengaño de sus primeros amores.

Esa es la vida: una cadena de verdugos y víctimas que se alternan en el martirio, dando los placeres y los remordimientos, con la regularidad fatal de la venganza que succede á un desengaño.

Rosa la rubia tenia tanto de maliciosa y viva, como de inocente y franca Rosa la morena.

Inteligente y curiosa por carácter se había entregado por sí sola á la vida no simpatizando con las gentes que la rodeaban, y que solo parecían tener el objeto de apocar su alma y anonadar todas sus potencias con esos ejercicios estériles que se llaman devocion.

Conmigo tenia toda la familiaridad de una hermana, sin que nuestros afectos pudiesen tener el mismo carácter inocente.

La ví crecer hasta los trece años, cada día mas bonita, mas viva, mas risueña. Tenia un sistema nervioso de rubia, sensible como el de la mimosa, y violento como el relámpago.

Con la edad nuestros juegos fueron cambiando de carácter, porque yo le ayudaba á poner sus muñecas, jugaba á las escondidas, y aun la acompañaba al prado á retozar y correr como un cabrito. La queria; y hasta sus impertinencias me caian en gracia, no pareciendome ninguna cosa escesiva para grangearme su amor, (amor inocente) y para divertir su soledad.

Pero fué creciendo, y á los instintos de la niña sucedian los de la muger, los de la jóven curiosa y llena de imaginacion. Era de aquellas jovencitas que espian los secretos de los papás, preguntan todo lo que no saben, se informan de lo oculto, y forman originales esplicaciones de todo lo que les es desconocido.

Crecia ella y yo estaba á su lado; yo que ántes la besaba como á una estatua bonita, y delante de

todos, y ahora me recataba y tenia miedo de sufrir una repulsa. Antes me la sentaba en las piernas para platicarle miétras jugaba con sus trenzas de oro; ahora la abrazaba con emocion y raras veces.

¿Era este cambio porque ella me oponia alguna resistencia? No: pero á fuerza de ver mi extraño recato comprendió que algo habia, y acabó por hacer como yo, escasear sus cariños, poner ciertos límites á la familiaridad, y mostrarse seriecita cuando me veia turbado ó reflexivo.

¿Pero quién contenia á dos muchachos? Si nuestros juegos tenian ántes su origen en la alegría infantil, ahora eran el pretesto, la ocasion de ciertos accidentes, ciertos cariños atrevidos: despues de un beso furtivo quedábamos los dos avergonzados; y los ojos nos servian para hablar un language entusiasta y vago pero seductor, que nos enardecia.

Por fin, estipulamos tácitamente ciertas condiciones; pusimos nuestras fórmulas de placer, y solo esperábamos una ocasion para hacer una locura... sin intencion ni perversidad, sino conducidos por el demonio, embriagados por el placer, fascinada ella por el encanto de un goce desconocido y ecsigido imperiosamente por la naturaleza.

Pronto va á terminar esta historia.

Una mañana entré algo mas temprano en casa de Rosa. Sin encontrar á nadie fuí internándome hasta su recámara, que aún estaba á media luz.

—Hay aquí alguno?—pregunté sospechando que hubiese enfermo.

—Sí, yo—me respondió Rosa asomando la cabeza por entre las cortinas de su cama.

—Estás enferma?

—Tengo pereza.

—Te va á regañar tu mamá.

—Papá y mamá se fueron á una funcion solemne y volverán muy tarde, tengo tiempo de flojear; sientate.

Las venas se me inflamaron al encontrarme á la orilla de la cama, junto de una mugercita peligrosa cuyas formas se dibujaban debajo de la ropa. Las cortinas nos cubrían, y quedabamos en una penumbra convidadora.

Comenzamos por platicar sérios, seguimos por chanzas y risas, y acabamos por animar el coloquio con la retórica mas espresiva. Cuando hacíamos demasiado ruido nos deteníamos repentinamente para escuchar si alguno venia.

—Oye—me dijo Rosa como si le ocurriese una idea—llamame á Nicolasa.

Nicolasa era la vieja que le servia de dueña; la única persona de respeto, pudiera decirse, que estaba en la casa.

Nicolasa apareció con sus 60 años y su paciencia.

—Oye, nana—le dijo Rosa—será bueno que te vayas á misa porque yo probablemente no me levanto.

—Sigues mala, hijita?

—No; pero me va á hacer daño el aire; vete sola, y vete pronto, porque ya es tarde.

—Pero como 'te dejo?

—Aquí está Gabriel que me acompañará mientras.

—Vaya que sea. Pues no me tardo y te encomendaré á Dios.

—Sí, anda.....Ah! diles á las criadas que no vayan á hacer la bestialidad de dejar entrar hasta aquí á cualquiera; si alguno viene que lo reciban en la sala y entren á avisar.

—Sí, hijita.

—Luego son tan necias....Anda, anda vete que es tarde y no puedes andar aprisa.—Vaya—añadió viendola salir—entrecierra un poco mas la ventana, porque me incomoda la luz.

He aquí á una muchacha discreta, solícita, resuelta. A mí con mis 27 años me estaba temblando el corazon de hallarme inesperadamente en aquella aventura.

Sin embargo, la situacion no podia ser mas apremiante y revelada con la intencion decidida de ella habria sido una debilidad retroceder.

Volví á tomar mi asiento, comenzaron las hostilidades; y mientras mas inminente era el peligro, tanto mas sostenida era su resistencia; pero resistencia que escita y no desalienta, que va perdiendo terreno á medida que se hace mas violenta, que cubre en fin, todas las ecsigencias del pudor, provocando la violencia para no ceder sino á ella, y no perder los atractivos á los ojos del mismo conquistador. ¿Y quien concebiria el deseo de cortar una

rosa si no tuviera espinas? El triunfo sin lucha no es triunfo, el trofeo que se alcanza fácilmente no es glorioso ni lisonjero.

¿Pero quién le habia enseñado todo esto á Rosa que no hablaba sino con su nana, ni tenia mas de trece años de una vida claustral? ¿Será la coquetaría uno de los instintos femeniles, mientras nosotros lo achacamos al refinamiento y el mal ejemplo del mundo? Sigamos.

La lucha era cada vez mas encarnizada, y la fiebre nos cegaba por grados, pero rápidamente; estábamos al borde del abismo y el demonio iba á precipitarnos. Rosa no podia mas, y fatigada, y palpitante me dijo con el acento de la súplica.

—Esperate..... me muero de fatiga.....

Y aprisionó mis manos contra su pecho.

Este momento de calma me bastó para reflexionar, y como un relámpago me pasaron mil ideas alarmantes. Una niña seducida, deshonrada, prostituida por mí!..... Un ángel me dió valor.

—Oyes?—le dije, fingiendo que oía ruido en la pieza inmediata.

—No es nadie.

Ella habia aflojado sus manos, y yo no movia las mias.

Sabes?—añadí—tu mamá va á venir y nos encuentra.....

No habia yo acabado de pronunciar estas palabras torpes, cuando arrojando mis manos con violencia, y haciendo un gesto imperioso, me dijo:

—Marchate!.....

Pero con el acento mas airado.

Avergonzado ya, pero siempre fingiendo me dirigí á espiar á la puerta, volviendo despues á acercarme.

Entónces Rosa, apoyandose sobre su brazo y dejandome ver todo el seno descubierto.

—Qué quieres?—me dijo, con una mirada de profundo desprecio:—Vete de aquí.

—Te has enojado?

—Yo!..... Marchate; y sabe que para tratar á las mugeress es preciso que seas ménos necio ó ménos cobarde.

Y cerrando las cortinas, me volvió á repetir.

—Vete; no vuelvas á hablarme.

Por no tener remordimientos cometí aquella torpeza; y al salir sentia yo otros mayores. Tenia vergüenza de mí mismo, y de veras salia con la resolucion de no volverle á ver los ojos aquella niña. Yo mas cobarde que ella!..... ¡Ella dandome tan humillante leccion, á mí el asesor de los amantes, el disertador de las mugeres, el fisiólogo del corazon!..... Sea por Dios.

Aquí hubiera parado todo si yo no fuera tan bárbaro. Pero arrepentido de haber despreciado un placer que tal vez no volveria á encontrar en la vida, venciendo mi vergüenza y los fundados temores de

una sangrienta revancha me aventuré á hacer nuevas tentativas.

El primer cuarto de hora que estuve á solas, lo aproveché, quise aprovecharlo dándole un beso por vía de introito; pero su resistencia formal, y mas que su resistencia sus palabras me enfrenaron de tal modo, que al cabo conocí que habia perdido para siempre aquel tesoro que dejé caer de las manos.

La maligna Rosa no se conformó con esto; sino que á lo que entiendo me *acusó* con su mamá; á lo ménos yo no esplico de otra manera la conversacion que tuvimos al siguiente dia.

—Y vd. es medio enamoradillo—me dijo la reverenda señora.

—Lo ménos de todo.

—No le creo:..... A vd. le gusta mucho andar besando á las niñas.....

—Yo, señora!

Rosa estaba cosiendo cerca de nosotros, y disimulaba su risa inclinándose sobre su labor, y espiondo mi semblante al seslayo.

—No digo yo que á todas— continuó la mamá.— V. g., no lo haria vd. con Rosa porque ya es grandecita, y dirian las gentes..... ademas que vd. es muy buen muchacho para abusar de la confianza que le dispensamos.

—Ya se ve. Pero supongo que vd. lo dice.....

—Por simple conversacion nada mas. No vaya vd. á creer. Sobre todo; yo conozco á mi hija demasiado y sé que para mí no tiene secretos..... (Ro-

sa reprimió una carcajada). Si alguno la enamorara.....

—Seguramente. Rosa es demasiado buena para tener nada que ocultar.

Tambien acentué esta frase que Rosa levantó la cara, y me vió por un momento frunciendome las cejas.

Pues tampoco paró aquí, Rosadesde ese dia fingió tenerme miedo, y á cada rato me daba una cólera, de aquellas que es fuerza reprimir, porque aunque se conozca la ofensa, no debe uno darse por entendido. Y se gozaba tanto de ello la maligna muchacha, adquirió tal hábito de reirse á mi costa, que llegó á dominarme, á vencerme, y me avergonzaba yo delante de ella, y ni me atrevia á mirarla por no encontrarme con su eterna sonrisa, su irónica alegría.

Rosa la morena bajaba los ojos al verme; yo bajaba los míos al ver á Rosa la rubia: una era mi víctima, la otra mi verdugo. Y yo habia amado, deseado sinceramente á las dos; las dos me habian amado á mí, y del mismo origen habian nacido situaciones tan diferentes.

La paya se vengaba echandome en cara su resignacion; la burgalesa echandome en cara mi necesidad: esta me despreciaba, la otra me reprendia; para aquella fué ingrato; para esta torpe.

Yo habia perdido á las dos; y sin haber gozado de mi crimen, sentia los remordimientos de la desgracia. Rosa la inocente desconfiará en lo de ade-

lante de todos los hombres, y vengará en ellos su primera ilusion perdida: Rosa la resuelta sabrá recoger mejor sus hombres, y al cabo encontrará uno que conociendola la pierda.

Aquí hay una serie de desdichas futuras, de que soy el origen.

¡Ese es el mundo! Y luego preguntan los filósofos de dónde nacen la inmoralidad y la corrupcion de las cortes.... Nacen de que el amor no ecsisten el mundo.

XVIII.

AGONIA.

1837 Hasta Diciembre.

Vamos á dar un vistazo sobre mí.

Mi mala suerte me arrancó de Madrid al cumplir los 22 años, cuando empiezan á germinar en el corazon de un jóven las ideas de amor, gloria, y ambicion.

Léjos de mis amigos, estudiantes francos y alegres, me encontré rodeado de una juventud grosera, ignorante, hipócrita: en vez de mis madrileñas pulidas, hermosas y discretas, solo encontré en Búrgos mugeres desaliñadas, medio profanas, medio religiosas, vestidas ridículamente, gazmoñas, desaseadas, zurdas. Búrgos no es otra cosa que un gran convento, donde las gentes que viven juntas por indolencia, se toleran por necesidad, se aman por interes. Un fraile y un peso lo dominan todo.

Reina el silencio de la hipocresía; la inaccion